



LAS PATERAS DEL ASFALTO. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA INMIGRACIÓN DE LOS GITANOS RUMANOS

Joaquín López Bustamante

Introducción

Rumania es el estado europeo en el que vive un mayor número de gitanos. Aunque su gobierno sólo reconozca “oficialmente” medio millón, en Rumania viven entre dos millones y dos millones y medio de *romà* según todos los cálculos, lo que supone en torno al 10% de la población. Los gitanos constituyen la minoría étnica más numerosa de aquel país y la de mayor crecimiento demográfico. Una comunidad secularmente marginada, pobre, analfabeta, desprotegida y especialmente vulnerable. Una comunidad cuya historia está marcada por dos espantosos sobresaltos: la esclavitud y el Holocausto.

Sólo hay que remontarse unas cuantas generaciones. Para los gitanos de Rumania no está tan lejos el recuerdo de la esclavitud. Obligados por los boyardos a trabajar la tierra en condición de esclavos, los amos podían castigarlos con la muerte. En 1835, en los reglamentos orgánicos de Moldavia y Valaquia se podía leer que los gitanos “no eran hombres sino personas que dependían de otras, con su patrimonio y su familia.”¹ La existencia de mercados de esclavos está muy documentada y algunos esclavos gitanos, los llamados *skopici*, eran, como escribe Joaquín Albaicín, “brutalmente castrados para que sirvieran de cocheros a las damas rumanas de alta alcurnia sin riesgo para sus maridos”. La manumisión de los gitanos que no estaban sometidos a la clerecía comenzó en 1844, y en 1855

Alejandro Ghyka consiguió la liberación de los 200.000 esclavos rumanos que seguían siendo propiedad de los clérigos.

Tras la esclavitud, el siguiente capítulo de esta historia rumana de la infamia está protagonizado por las atrocidades del filonazi Antonescu, el mariscal rumano que durante la Segunda Guerra Mundial asesinó o deportó a miles de judíos y gitanos. En su honor el ejército ha erigido recientemente un busto en un parque de Bucarest.

Más cercana todavía en el tiempo está la sangrienta dictadura de Nicolae Ceausescu cuyas fuerzas policiales, la siniestra *Securitate*, persiguieron con especial inquina a los gitanos bajo las consignas de un comunismo asimilacionista y uniformador.

Los gitanos en Rumania

En la actualidad, la gran mayoría de la comunidad gitana de Rumania vive en condiciones muy precarias: extrema pobreza, altas tasas de desempleo, segregación escolar y sanitaria. Una imagen social muy negativa y la casi inexistente representación política e institucional acrecientan su exclusión y su vulnerabilidad.

El final del comunismo supuso para la comunidad gitana un empeoramiento sustancial de sus condiciones de vida. Tras la caída del régimen dictatorial de Ceausescu en 1989

¹ Monleón, José: *Apuntes para una historia gitana en I Tchatchipen* n° 43, Instituto Romanò. Barcelona, 2003.

–paradójicamente añorado hoy por muchos gitanos– hubo numerosos pogromos antigitanos. Violentos ataques e incendios de viviendas gitanas tuvieron lugar en distintas ciudades rumanas entre 1990 y 1993. En la ciudad de Turu Lang, más de mil energúmenos con antorchas asaltaron el barrio gitano y quemaron treinta casas. Fuerzas paramilitares y grupos neonazis se encargaron del trabajo sucio, mientras que la sociedad recrudecía su secular rechazo a los *romà* y los convertía en unas víctimas contra las que se podía atentar sin que a nadie pareciera importarles lo más mínimo y sin que nadie tuviese que pagar por ello. A la gran mayoría de los gitanos salvajemente atacados se les denegó su derecho a la justicia y a las compensaciones que debían haber recibido por los delitos que se cometieron contra ellos.

Las investigaciones llevadas a cabo por el *European Roma Rights Center* (ERRC) sobre las violaciones de los derechos humanos de los gitanos en Rumania concluyeron que a las víctimas gitanas se les ha denegado escandalosamente el derecho a la justicia. Las indiscriminadas redadas policiales, las frecuentes torturas y malos tratos en las comisarías, las escasas o nulas garantías procesales son hechos que, o no se han investigado, o se ha hecho de forma tan irregular que han convertido todos estos atropellos en actos impunes. Muchos gitanos han sido asesinados o han resultado heridos por disparos de la policía que, sujeta a un sistema de jurisdicción militar, ha ido cerrando cada caso con el punto final de la impunidad de los culpables.

La relación entre los *romà* y la policía está basada en la creencia general de que todos los gitanos son delincuentes, de ahí que los prejuicios por parte de la policía sean un factor determinante en el trato abusivo y vejatorio a los *romà*. Amnistía Internacional, en su infor-

me de 2003 sobre Rumania, ha denunciado que “en muchos de los casos de tortura y malos tratos policiales de que se tuvo noticia, las víctimas eran personas de origen étnico romaní. Los malos tratos iban acompañados de intimidación e insultos de índole racista. Aunque tales incidentes fueron numerosos, se presentaron pocas denuncias formales”.²

Durante la transición rumana, el cierre de numerosas fábricas y la privatización de la tierra, entre otros factores, supusieron la pérdida de más de cuatro millones de puestos de trabajo en una década. Los gitanos se convirtieron en chivos expiatorios de una sociedad convulsa por la transición al capitalismo en la que se instalaban irremediabilmente la crisis económica y la corrupción política.

Segregación

Cuando las autoridades rumanas definen sin ambages sus políticas de vivienda como “segregacionistas”, saben de qué hablan. Y saben también que lo contrario les haría perder votos. Mientras, muchas familias son expulsadas de sus míseros asentamientos en los que no suele haber luz eléctrica ni agua corriente. Ni qué decir tiene lo difícil que resulta para un gitano rumano alquilar o comprar un piso...

Es especialmente difícil el acceso a los servicios médicos para muchas comunidades gitanas que viven en pueblos aislados o en las afueras de las ciudades, sin transporte público y sin teléfono. A muchos gitanos se les ha negado en numerosas ocasiones el acceso a los servicios médicos por motivos racistas o se les ha habilitado dependencias segregadas en los hospitales.

²<http://www.amnistiainternacional.org/infoanu/2003/index.html>.

La mayoría de los niños gitanos en Rumania son discriminados en el derecho a una educación digna. Aunque este derecho está garantizado por ley, los niños gitanos son a menudo excluidos de la escuela. Van a clases o escuelas segregadas, y en algunos casos se les asignan escuelas para niños discapacitados mentales. En las escuelas regulares son comunes los abusos físicos y los tratos humillantes, tanto por el personal de la escuela como de los propios compañeros.

La presencia de “niños de la calle” en los suburbios de las grandes ciudades es notoria, y las cifras de que disponen las ONG indican una sobrerrepresentación de gitanos entre estos niños que viven a la intemperie, sin higiene ni cuidados médicos y a menudo expuestos a la violencia y las drogas.

Los gitanos tienen prohibida la entrada, o son rechazados en numerosos comercios, restaurantes, discotecas y otros lugares públicos.

La falta de documentos identificativos válidos ha impedido a muchos gitanos ejercer su derecho al voto en las elecciones, lo que supone la exclusión de su participación efectiva en una sociedad democrática.

El racismo social e institucional campa a sus anchas y crece, fortalecido por la impunidad, ante la pasividad cómplice de la sociedad y el cinismo de los gobernantes. La incorporación de Rumania a la Unión Europea será previsiblemente en 2007, pero además del cumplimiento de condiciones y criterios económicos, Europa debe exigir también el respeto efectivo a los derechos humanos de las minorías. Y en ese examen, a fecha de hoy, Rumania suspen- de estrepitosamente.

Europeos en 2007

Rumania aspira a ser miembro de la Unión Europea en el 2007 y para ello se requiere el

cumplimiento de los criterios políticos establecidos para la adhesión, entre los que figuran los denominados Criterios de Copenhague, que se refieren al respeto de los derechos de las minorías. Rumania debe proteger en la ley y en la práctica los derechos reconocidos en el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, y debe usar los sistemas adecuados para lograr progresivamente la aplicación efectiva de todos los derechos reconocidos en el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales sin discriminación de ningún tipo.

Tanto la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) como la Comisión Europea contra el Racismo y la Intolerancia (ECRI) han alertado sobre la gravedad de la situación de los *romà* en Rumania. La OSCE ha reconocido “las dificultades particulares a las que se enfrentan los *romà* y la necesidad de tomar medidas efectivas para lograr la completa igualdad de oportunidades”, mientras que la ECRI apremió a las autoridades rumanas para que revisaran el funcionamiento de su sistema judicial a fin de determinar el alcance de la discriminación en la administración de justicia, y les instó a aplicar medidas para combatir las prácticas discriminatorias de la policía.

La constitución rumana, aprobada por referéndum en 1991, consagra a Rumania, en su primer artículo, como un estado de derecho, democrático y social en el que la dignidad del hombre y los derechos y libertades de los ciudadanos representan los valores supremos y están garantizados sin diferencias de raza, nacionalidad, origen étnico, lengua, sexo, opinión, pertenencia política u origen social.

En los últimos años, el gobierno rumano ha llevado a cabo reformas legislativas, entre ellas modificaciones en el código penal que contemplan el delito de incitación al odio racial.

Se creó la Comisión Interministerial para la Minorías Nacionales y se reconoció a los *romà* como minoría. Peter Kovacs–Eckstein, ministro delegado para las minorías nacionales de Rumania, reconoció en un discurso ante la OSCE, no sin cierta tibieza, que “a pesar de todos los esfuerzos hechos, hemos constatado la existencia de ciertos fenómenos visibles de exclusión de los *romà* en los diferentes aspectos de la vida social.”

Rumania ha sido uno de los países receptores de las ayudas económicas de la Unión Europea destinadas a programas de acción social con la minoría gitana –los programas PHARE–. Lo cierto es que todas estas medidas se han revelado claramente insuficientes para garantizar los derechos de los gitanos rumanos y hacer efectiva la igualdad de oportunidades de esta población secularmente marginada y estigmatizada en su propio país.

El desprecio hacia la cultura gitana

No hay otro país en Europa en el que lo gitano tenga peor valoración social. De los flamantes líderes de la ultraderecha son de esperar los exabruptos racistas, pero el antigitanismo tan enraizado históricamente en la sociedad rumana explica que hasta Cioran y Mircea Eliade, los más respetados intelectuales rumanos, hayan dejado, negro sobre blanco, opiniones y comentarios en los que los gitanos salimos bastante mal parados.

La falta de respeto por la identidad cultural de los gitanos se puso de manifiesto cuando en 1995 el Ministerio de Asuntos Exteriores de Rumania trató de impedir, mediante un decreto, que los gitanos se llamen a sí mismos *rom*, o que usen la palabra “romanó” para llamar a su idioma, porque “es posible confundirlo con rumano” y eso puede llevar a situaciones inadmisibles. La pretensión de esos genocidas cul-

turales era que los gitanos fueran llamados *tigani*, que es un término considerado por los propios gitanos como despectivo.

A principios de los noventa nacieron muchas organizaciones ultranacionalistas y de extrema derecha, en cuyas proclamas fascistas los gitanos han sido siempre objeto de sus iras. El Partido de la Gran Rumania, liderado por Cornelio Vadim, obtuvo en las elecciones generales de 2000 el 22% de los votos, lo que situó a su formación como la segunda fuerza política del país con su discurso xenófobo y neofascista. Por entonces se puso de moda el siguiente chiste: en el contestador automático del teléfono de Cornelio Vadim se ofrecen dos opciones: para los rumanos, pulse el 1; para húngaros y gitanos, pulse el gatillo.

Valeriu Nicolae y Hannah Slavik son los autores de un desgarrador informe sobre la situación de los gitanos en Rumania publicado en 2003 por la revista *Roma Rights*.³ Lo que viene a continuación está extraído de ese texto. Son las opiniones que sobre los gitanos tienen algunos cargos públicos de Rumania. Entrecomillado, lo que sale por esas bocas: “Hay que aislar a los delincuentes gitanos en colonias especiales” fue la propuesta de Cornelio Vadim, convertido en senador electo. Dice Vadim que hay que evitar la transformación de Rumania en un “campamento gitano”. Poco después, el alcalde de Craiova, la mayor ciudad del sureste de Rumania fue aún más lejos: “estos apestosos gitanos deben ser exterminados”. Los medios de comunicación reprodujeron ampliamente estas declaraciones y muchas otras de similares propósitos.

“La democracia ha ofrecido a la gente la oportunidad de expresarse con libertad. Por

³ Nicolae, Valeriu y Slavik, Hannah: “Being a ‘Gypsy’: The Worst Social Stigma in Romania” en *Roma Rights*. nº 1 y 2 – 2003. European Roma Rights Center. Budapest, 2003, (pp. 213-218).

eso, ahora nos muestran su racismo sin tapujos”. La frase es de Ionel Manole, miembro del grupo de música gitana Taraf de Haïdouks y, a tenor de las declaraciones públicas que reproducimos, parece no faltarle razón a este gitano...

Escoria

Son frecuentes los discursos antigitanos de personajes públicos, que van desde los insultos a las llamadas al exterminio. Mircea Bot, jefe de policía de Bucarest, llegó a decir: “esta escoria de gitanos son los responsables de todo lo que va mal en Rumania”.

Todo vale. Al fin y al cabo, para la inmensa mayoría de la sociedad rumana los gitanos son escoria. Y los que son escoria merecen que se les deniegue la atención médica, la escoria merece que las ofertas de empleo en los anuncios por palabras de los periódicos incluyan siempre dos palabras de más: “gitanos, no”, la escoria merece que los locales públicos exhiban carteles que les prohíben la entrada. Hasta merecen que sus hijos –pequeña escoria, pero escoria al fin y al cabo– deambulen con sus famélicos cuerpecitos morenos por las cloacas de Bucarest, esnifando pegamento hasta que las mafias de traficantes de seres humanos se ocupen de ellos.

En las guerras de los Balcanes la escoria gitana era carne de cañón y era utilizada para limpiar territorios minados. A muchos de los refugiados gitanos de Kosovo no les llegaban ni las sobras de la ayuda humanitaria. En la República Checa se han construido muros para aislar a los gitanos. En Eslovaquia se esteriliza sin su consentimiento a las gitanas. En Hungría, muchos niños gitanos van a escuelas para discapacitados mentales.

En ese clima social en el que está enquistado el racismo, el rechazo crece imparable-

mente y se refuerzan los prejuicios. Y no nos puede extrañar que haya familias cuya única actividad laboral sea la mendicidad. Y que haya “niños de la calle” y falsos tullidos pidiendo limosna. Y que haya habido un auto-proclamado “Rey de los Gitanos”, cuya corona pesaba siete kilos de oro macizo y que roneaba de que todos los gitanos del mundo éramos sus súbditos; uno de sus hijos fue noticia meses atrás: el heredero de esta estrafalaria “dinastía real” organizó la mascarada de una boda infantil –que hoy no debe consentirse, pero que durante la esclavitud era la forma de impedir el derecho de pernada– cuyo exotismo despertó en toda Europa un morboso interés mediático por las adolescentes “princesas” zíngaras.

Los medios de comunicación rumanos, un día sí y otro también, hablan mal de los gitanos. Y los *freakies* gitanos con mercedes y dientes de oro, esa minoría esperpéntica que –qué casualidad– suele estar siempre rodeada de fotógrafos y cámaras de televisión, ese patético elenco se esfuerza por estar a la altura de sus tópicos, con lo que se alimentan los prejuicios y se recrudece el rechazo.

Ser gitano en Rumania

Ser gitano en Rumania es difícil. Y suele ser peligroso. Las asociaciones romaníes como *Romani Criss* y *Aven Amentza* no dan abasto para denunciar tanta injusticia, y algunas ONG internacionales, entre ellas Amnistía Internacional y la Liga de Derechos Humanos, dan voces de alarma y elevan sus denuncias ante organismos internacionales.

Dicen los investigadores Nicolae y Slavik, a modo de conclusión de sus denuncias, que “no es raro que exista el estigma social, lo raro es que podamos encontrar a alguien dispuesto a admitir que es gitano en Rumania.”⁴

Para muchos gitanos rumanos la segregación en su propio país no les deja más opciones que las de aceptar esa condición de paria sin derecho a tener derechos; u ocultar su condición gitana para evitar discriminación y represalias, o salir del país. Una inmigración que tiene mucho de huida.

Inmigración

La discriminación, el hostigamiento y la segregación impiden que la mayoría de los gitanos del este de Europa puedan sentirse ciudadanos de pleno derecho en los países en los que viven, y, como afirma Françoise Kempf, “no pueden participar en la vida de la sociedad mayoritaria y, por consiguiente, no pueden tener los sentimientos de pertenencia a una colectividad enraizada en un territorio y con una historia común. Este débil sentimiento de pertenencia es una de las causas que pueden explicar los movimientos migratorios de la comunidad romaní del Este hacia la Unión Europea durante los últimos años.”

A pesar de que muchas veces se recurre al tópico de la proverbial inclinación gitana a la romántica vida errante, las motivaciones a las que obedece la decisión de emigrar son bien distintas. “Estos movimientos”, continúa Kempf, “nada tienen que ver con el nomadismo y son fenómenos complejos. Sin embargo, el hecho de que grandes comunidades, no siempre las más miserables (éstas no tienen ni los medios para emigrar), se hayan mostrado dispuestas a venderlo todo y a emigrar (...) es el resultado flagrante del rechazo hacia la comunidad romaní y de la voluntad, por parte de las sociedades mayoritarias, de no querer vivir cerca de ellas.”⁵ Su situación pre-emigración es, en la mayor parte de los casos, la de la pertenencia a una comunidad sin ilusiones ni futuro e instalada irremisiblemente en la marginalidad social más extrema.

Son muchos los gitanos rumanos que han huido de su país y muchos más los que quisieran hacerlo. Cuando llegan a los países occidentales se encuentran con una realidad bien distinta a la imaginada, pero creen que las penalidades que les esperan no serán peores que las que han padecido en su país.

La gran mayoría de los inmigrantes gitanos en Europa occidental viven en condiciones de precariedad e insalubridad intolerables y cada vez son más numerosas, violentas y traumáticas las expulsiones que se están llevando a cabo. Dice Claude Moncorgé, presidente de Médicos del Mundo en Francia, que “en vez de declararle la guerra a la pobreza se hace la guerra a los pobres. Se crea así el ‘delito de pobreza’. Expulsar a los gitanos es fácil y sin riesgos”. El Ministerio de Interior francés está endureciendo constantemente sus políticas e incluso ha llegado a expulsar a gitanos cuya situación no era ilegal con el pretexto de que carecían de medios económicos. Y eso, como sentencia Moncorgé, es “cobarde e indigno”.

Un acuerdo firmado en agosto de 2002 entre las autoridades francesas y rumanas estipulaba una serie de ayudas para los gitanos expulsados de Francia, que al regresar a Rumania tendrían un subsidio de 153 euros y ayudas sociales para su reinserción. Según los informes llevados a cabo en Rumania por Médicos del Mundo, los gitanos que regresaron a su país fueron de nuevo engañados: además de no lograr ningún beneficio de acogida, se les “castigó” con la retirada de su pasaporte.

⁴ op. cit.

⁵ Kempf, Françoise: “Breve presentación de la situación del pueblo gitano en Europa: obstáculos a la mejora de la situación y retos para el futuro.” En *SOS Racismo. Informe anual 2003*. Icaria Editorial. Madrid, 2003, (pp. 293-304).

Gitanos rumanos en España

Los primeros grupos numerosos de gitanos rumanos que llegaron a España lo hicieron hace seis años. En el verano de 1999, los medios de comunicación informaban de las precarias condiciones en las que vivían unas 100 familias acampadas en el barrio madrileño de Malmea, en la periferia de Fuencarral. Fueron desalojados por las fuerzas policiales a instancias del Ayuntamiento y de la Delegación del Gobierno de Madrid. Esa misma tarde, un niño de cinco años que vivía en el asentamiento fue atropellado mortalmente en la vía de servicio de la N-1.⁶ La cobertura mediática generó controversias políticas entre los grupos políticos municipales, incluidas unas desafortunadas declaraciones teñidas de desprecio del entonces alcalde de Madrid, Álvarez del Manzano. El Defensor del Menor exigió a las instituciones que se atendiera dignamente a los niños rumanos y se puso de manifiesto la falta de preparación y de recursos de los servicios sociales para hacer frente a una situación de esas características.

La oposición socialista cuestionó los métodos utilizados para el desalojo y se planteó la presentación de una querrela contra el gobierno municipal.⁷ Algunas familias fueron llevadas a un campamento habilitado para su realojo y la mayor parte se marchó a distintas ciudades españolas. En un principio se alojaban en pensiones baratas. Desde entonces la presencia de gitanos rumanos en las ciudades españolas fue creciendo, en parte por “el efecto llamada” y, a partir de enero de 2002, por la supresión de la exigencia de visado para entrar en España para los ciudadanos búlgaros y rumanos. En 2002, algunos medios de comunicación calculaban la cifra de gitanos rumanos residentes en España entre 4.500 y 5.000. Estos primeros asentamientos insalubres, los

desalojos posteriores, los accidentes –algunos mortales– que sufrieron varios niños y el ejercicio de la mendicidad (en bastantes casos utilizando a menores para ello) mostraron la necesidad urgente de atender por causas humanitarias a familias con niños muy pequeños, con gran riesgo de exclusión social y de ser doblemente marginados por tratarse de personas que a su situación de inmigrantes *sin papeles* unen su condición de gitanos.

Si tenemos en cuenta los problemas que dejaron en su país y los que se han encontrado aquí, es comprensible que su actitud inicial ante los extraños sea de temor y rechazo. A pesar de la evidente precariedad de su situación y a diferencia de otros colectivos, no suelen recurrir a las asociaciones que ofrecen ayuda a los inmigrantes, salvo unos pocos que han solicitado a estas ONG la tramitación de la tarjeta sanitaria. Su actitud recelosa y huidiza con las ONG y los servicios sociales no facilita en modo alguno su integración. Esta indiferencia puede deberse a su situación de irregularidad en España y el consiguiente temor a que se les devuelva a su país. Según datos de la Delegación de Gobierno para la Extranjería y la Inmigración, durante el año 2003, el colectivo rumano acumuló el mayor número de repatriaciones a su país de origen (un 34% fueron a Rumania, por delante de Marruecos, que tuvo el 26’1%).⁸

Los gitanos rumanos son el grupo más numeroso de la inmigración gitana procedente de los países del este de Europa. Gitanos búlgaros y unos pequeños grupos de gitanos serbios, checos o macedonios completan el resto de procedencias. Pero son los rumanos los más

⁶ Aguirre, Begoña: “Las instituciones madrileñas echan de un poblado a 100 familias rumanas” en Diario *El País*, 9-7-1999

⁷ Diario *El País*, 11-7-1999.

⁸ Diario *El País*. 13-1-2004

visibles. Existen principalmente dos grandes grupos diferenciados: los *romà* y los *romà vatrás*.⁹

Los *romà* –mayoritarios en la inmigración– son un grupo heterogéneo formado por diferentes subgrupos identitarios. Mantienen relaciones de parentesco y cooperación entre ellos. Practican una estricta endogamia y son frecuentes los matrimonios entre adolescentes. Hablan, además de rumano, el romanó y proceden de diversas zonas de Rumania, principalmente de Tandarei y Constanza, y en menor número de Timisoara, Oradea, Kluj, Pudurai, Pitești y otras ciudades. Suelen reunirse grupos numerosos en las bodas y para determinadas celebraciones religiosas. Salvo excepciones, su ocupación mayoritaria es la mendicidad y la venta callejera de periódicos sociales como *La Farola* y *La Calle*. No suelen relacionarse con los gitanos españoles. Son el grupo con un mayor riesgo de exclusión social.

Los *romà vatrás* no se identifican con el otro grupo ni suelen tener relaciones con ellos. Muchos *vatras* ocultan o disimulan su condición étnica. La mayoría no habla romanó, sólo conoce algunas palabras. Muchos hombres han emigrado solos y han dejado a su mujer e hijos en Rumania. La mayoría proceden de Constanza y de Bucarest. Suelen ser músicos (generalmente violinistas y acordeonistas) y algunos han conseguido empleos en la construcción o en las recolecciones agrícolas. Existen ciertos celos y prejuicios mutuos entre los dos grupos. Los *romà* consideran “menos gitanos” a los *vatras*, y éstos dicen de los *romà* que tienen “cosas feas y malas costumbres”. Estas diferencias recuerdan las que había entre los gitanos “andarríos” y los “caseros” en la España de la primera mitad del pasado siglo.

La presencia de gitanos rumanos pidiendo limosna se ha convertido en algo habitual en las calles españolas, pero en realidad sabemos

muy poco de ellos y de sus condiciones de vida en nuestro país. Los medios de comunicación no pocas veces contribuyen a estigmatizar aún más a estos inmigrantes¹⁰. Los reportajes sensacionalistas generan una visión sesgada y, por lo tanto, injusta (no todos los gitanos rumanos responden a los mismas características) y pueden contribuir al aumento del rechazo social que padecen.

Las primeras impresiones siempre han apuntado a considerar que su situación irregular en España y su voluntad de mantener un peculiar estilo de vida eran las principales razones del aislamiento que se imponían a sí mismos. Sin negar la importancia de esos factores, creemos que esas actitudes estaban más acusadas debido al desconcierto inicial y al desconocimiento del idioma y de los cauces necesarios para solicitar algún tipo de ayuda o de prestación social. Con la perspectiva del proceso de estos últimos años se pueden observar algunos cambios de comportamiento que pueden facilitar el trabajo social con estas familias. Y algunos de estos cambios parecen apuntar tendencias algo más alentadoras: ha aumentado el número de niños matriculados en los colegios (aunque la mayoría de los menores están sin escolarizar) y se ha reducido la utilización de niños para la mendicidad (como se sabe, en nuestro país, esta práctica es un delito y la policía ha intervenido en bastantes ocasiones con avisos, advertencias a las madres reincidentes, y en algunos casos practicando detenciones que

⁹ Sobre esta diferenciación identitaria y la etnonimia propia de estos grupos, se debe consultar el interesante trabajo del antropólogo Koen Peeters *Los Rroma del Este de Europa en Barcelona*, del que fue presentado un resumen en las XXIV Jornadas de Enseñantes con Gitanos en Pamplona el año 2004.

¹⁰ Sirvan como ejemplo ilustrativo estos titulares: “La mendicidad que viene del Este” (Diario de Terrassa, 19-10-2002), “Mendigos S. A.” (Interviú-10-2002), “Florin, 14 años y padre en abril” (El Mundo, 14-12-2004).

han motivado sentencias de retirada de la patria potestad y la asunción cautelar de la tutela del menor por los servicios sociales).

Situación laboral

Las ocupaciones mayoritarias son la venta callejera de periódicos sociales y de pañuelos de papel, la limpieza de parabrisas en los semáforos (actividades que, al igual que la de los músicos callejeros, son muchas veces formas de mendicidad encubierta), y trabajos ocasionales de peonaje en la construcción o en las recolecciones agrícolas. En muchos casos son los hombres los que se quedan en casa al cuidado de los niños pequeños mientras las mujeres salen a pedir limosna en “jornadas laborales” de ocho o diez horas. En todos los casos los ingresos económicos son escasos, irregulares e impredecibles y no permiten ir –ni siquiera pensar– más allá del “vivir al día” en su sentido más literal. La situación irregular, la falta de formación cualificada, la competencia con otros inmigrantes y la discriminación y el rechazo de que son objeto son las principales dificultades a la hora de encontrar trabajo.

Vivienda

Los altísimos precios de los alquileres hacen que en los pisos vivan dos, tres o incluso más familias. En algunos casos, las viviendas, pese al hacinamiento, son habitables y disponen de algunos servicios. Estas familias suelen utilizar los parques públicos cercanos como lugar de reunión. Algunos grupos viven en casas ruinosas sin agua corriente que albergan a dos o tres familias.

Algunos asentamientos son peores todavía: bajo el puente de Los Remedios, en Sevilla, han vivido casi cien personas sin más enseres que unas míseras mantas y unos chamizos

entoldados de lonas. En Barcelona, en el solar de una antigua fábrica derribada vivían –hasta que fueron desalojadas– más de 300 personas sin luz, sin agua, sin letrinas ni servicio de recogida de basuras; en cubículos de veinte metros cuadrados hechos de chapa y cartón.

Sanidad

Aunque bastantes personas tiene la tarjeta sanitaria o la están tramitando, los que viven en asentamientos, al no estar empadronados, no pueden solicitarla legalmente.

Los principales problemas sanitarios están en relación directa con las condiciones de vida en asentamientos muy degradados: insalubridad, falta de suministro de agua potable, hacinamiento, carencias alimentarias, falta de higiene, vacunación infantil inexistente o muy deficiente, accidentes, intoxicaciones, mordeduras de roedores, etcétera.

La salud de las mujeres gitanas es peor que la de los hombres. Los largos periodos genésicos (empiezan a tener hijos a edades más tempranas y continúan teniéndolos hasta edades más avanzadas que el resto de la población) explican el envejecimiento prematuro de muchas gitanas que además sufren algunas enfermedades impropias de su edad.

En la relación entre los gitanos y los profesionales sanitarios, además del desconocimiento y prejuicios mutuos, suele haber barreras comunicativas y problemas de comprensión lingüística que dificultan la relación, lo que en ocasiones se traduce en una inferior calidad de la atención prestada.

Educación

Es significativo el hecho de que el número de niños sea menor del esperado según su pirámide poblacional. Muchas familias han

emigrado con los hijos más pequeños y/o con los adolescentes en edad de trabajar, dejando al resto con sus abuelos u otros parientes en Rumania. La mayor parte de los niños en edad escolar no están matriculados. La mediación y el asesoramiento por parte de trabajadores sociales u ONG es imprescindible en el proceso de incorporación en el sistema educativo. Diversos factores -sociales, económicos culturales- influyen en la falta de escolarización de los niños:

- La importancia de la escolarización y su obligatoriedad no son todavía comprendidas ni valoradas suficientemente.
- La precariedad económica relega en muchos casos la escuela ante la necesidad de aportar algún dinero a la familia.
- Al mantener empadronamientos en direcciones en las que no viven, las escuelas que les corresponderían se encuentran en algunos casos lejos de su vivienda. Dependiendo de las escuelas, la matriculación sin estar empadronados es más o menos difícil.
- El absentismo entre los niños escolarizados es frecuente. Suelen quedarse a cuidar a sus hermanos o primos menores durante las ausencias paternas.
- Algunas pautas culturales relativas a los grupos de edad y sexo (matrimonios entre adolescentes, sumisión de las mujeres) inciden, como es obvio, muy negativamente en la escolarización.

Situación legal

Los inmigrantes gitanos de Rumania, salvo escasísimas excepciones, se encuentran en situación irregular. En algunos casos no disponen más que de fotocopias de sus pasaportes, cuyos originales fueron retenidos por la policía, mientras que en otros llevan consigo unos antiguos e inservibles documentos que los

acreditan como solicitantes de asilo. No todos están empadronados y algunos figuran censados en direcciones en las que ya no viven.

Existe miedo a la expulsión y bastante desconocimiento sobre los intrincados procesos legales para la regularización, y suelen tener la convicción de que tener hijos nacidos en España va a favorecer su regularización. Son frecuentes los viajes de uno o varios miembros de la familia a Rumania por motivos familiares (bodas, funerales, enfermedades graves...) Estos viajes suelen realizarse en autobuses, muchos de ellos clandestinos, que empiezan a ser conocidos como "las pateras del asfalto", o en coches particulares, siempre con el visado de turista válido para tres meses.

Las características y las condiciones de vida de los gitanos rumanos que viven actualmente en nuestro país no son las más idóneas para que se genere un movimiento asociativo propio organizado. Sería deseable, pero, a mi juicio, es prematuro pensar en esta posibilidad. Tenemos constancia de la existencia de alguna asociación de gitanos rumanos cuya actividad está mucho más cerca de la picaresca que de la reivindicación y el trabajo social. Con el señuelo de "arreglar los papeles", se cobran a los "afiliados" unas importantes sumas de dinero (teniendo en cuenta los escasos recursos económicos de estas personas) que, presuntamente, van a parar al bolsillo de un "presidente" que se dedica a viajar regularmente a distintas ciudades españolas en busca de nuevos clientes.

Intervención social

Ante este fenómeno migratorio nuevo y bastante complejo, es evidente que los servicios sociales hasta ahora no han podido –y en muchos casos no han sabido– dar respuestas adecuadas y ayudar a este colectivo de inmi-

grantes. Las asociaciones gitanas tampoco han estado a la altura de las circunstancias. Salvo honrosas excepciones, apenas se han preocupado por los problemas de estos gitanos inmigrantes, ni han denunciado suficientemente las precarias condiciones en las que malviven.

Es necesaria la formación y especialización de los profesionales que vayan a trabajar con inmigrantes de estas características. La legislación española todavía no contempla –como sucede en Francia y en otros países– la obligatoriedad de que determinados municipios habiliten espacios dignos y bien acondicionados para que los grupos itinerantes puedan acampar.

Sabemos que no es fácil el trabajo social con estas familias. Y también sabemos que no sirven las acciones aisladas. Los programas de intervención deben ser integrales, han de estar planificados en distintas fases a medio y largo plazo, con un seguimiento permanente y con

evaluaciones periódicas. Programas que necesitan ser apoyados y financiados suficientemente. Programas basados en “compromisos de derechos y deberes” que garanticen la erradicación de la mendicidad infantil, la escolarización y la vacunación de los niños y la participación de los adultos en talleres formativos (laborales, de lengua española, de normas de convivencia...) y que permitan, tras un periodo de adaptación, la incorporación al mercado laboral, el alquiler de la vivienda, en definitiva, una vida digna para estas familias cuya llegada a nuestro país ha puesto de manifiesto la enorme distancia cultural –mucho mayor de la que algunos creían– entre los gitanos españoles y nuestros recién llegados *primos* rumanos.



Joaquín López Bustamante

Miembro de la junta directiva de Unión Romani y director de la revista de investigación gitana I Tchatchipen